

1956: Oportunidad de la Juventud

163

LP 15/03/1956 LP
por Sebastián Salazar Bondy

Se ha hablado y se habla aún de la crisis de la juventud. El autor de estas líneas, por ejemplo, no ha podido evitar alguna vez entrecer en ciertos hechos cotidianos los indicios de una quiebra moral, cuyos efectos era lógico suponer nefastos para el futuro nacional. Una ambición desmedida de bienes materiales, obtenidos por medios no siempre nobles, ha caracterizado la conducta de diversos jóvenes, a los cuales, por su formación y su posición social, se podía haber considerado como a salvo de las bajas tentaciones de la fácil fortuna, la comodidad concupiscente y el ocio culpable. Aparte de la indiferencia que la ciudadanía nueva ha estado mostrando con respecto a los más vitales y urgentes requerimientos de la existencia peruana, el índice delictivo ha dado testimonios desgarradores de que algo fallaba en el alma de quienes, por su edad, deben representar la fuerza ética más intensa de una sociedad. Los últimos años, en esta fiebre de oro y placer que parece habernos capturado, no han sido los de una hermosa rebeldía, sino, por el contrario, los de un triste conformismo.

Pero la historia suele llegar a encrucijadas que son verdaderas oportunidades para probar la capacidad heroica de un pueblo y, por supuesto, de su juventud. Y parece que ha llegado el momento en que al hombre joven peruano le ha sido puesta delante una coyuntura de tal clase: está obligado, por ella, a asumir una definición y a afrontarla con todos sus riesgos y todas sus esperanzas. Si existe la crisis moral a la que tantas veces se ha aludido, esta vez su actitud deberá ser la de la pasividad cómplice, aquella que permite, sin protestas, el abuso y la arbitrariedad del poder. Mas si, como es de desear, la debilidad de estos años no ha constituido otra cosa que un espejismo o, tal vez, una especie de temporal silencio durante el cual han madurado las reservas más puras de su instinto libertario, ha de insurgir la energía juvenil con la plenitud que le es peculiar.

Los últimos años —hay que acordarlo— carecieron de un incentivo espiritual que despertara

en el hombre nuevo del Perú el anhelo de ser algo más que un mercader o un traficante. La escuela, el colegio y la propia Universidad no fueron campos de competencia por la capacidad individual ni laboratorios de ciudadanía. Se convirtieron, ahondando los males que desde hace tiempo venían padeciendo, en lugares donde, dentro de una densa rutina, se enseñaba tácitamente que los valores más eficaces eran los del interés materialista: dinero, intriga, adulación, etc. fueron consagrados como las armas del éxito. Quienes, no obstante haber pasado por este desfaldador corruptor, se mantuvieron limpios, demostraron que una herencia superior a las circunstancias los defendía y amparaba.

Sin embargo, no es reprochable que se ponga en duda que la mayoría, la que se sometió a aquel estado de cosas, no responda esta vez como le toca conforme su deber. El próximo proceso electoral es bastante más que la realización de un trámite político periódico. Sería eso si nuestro país viviera en la normalidad constitucional, en el orden democrático que los fundadores de la patria eligieron como nuestro destino. Pero, al modo que lo fueron los años 1945 y 1950, en que de una u otra manera se frustró el proyecto liberal, estamos en este 1956 ante la disyuntiva de permitir que subsistan los métodos de un sistema vicioso o de poner en marcha, de una vez, la realización de la promesa de bienestar, concordia y progreso que el Perú inicialmente encarnó. No admitir que se vuelva a postergar esa obra, rechazar enérgicamente el advenimiento de la opresión, enfilar hacia la vieja meta democrática, es la consigna de la hora.

Es deseable que la crisis sea aparental y que, tras la cobertura de la indiferencia, se oculte el ánimo renovador, ese aire incontaminado, de ideas sinceras y genuinas, que es propio de la juventud. Que no demore. La presente generación tiene el privilegio de tener en sus manos la mejor ocasión de levantar, sobre los cimientos de un pasado contradictorio, no siempre enorgullecador, un mundo donde la ley sea expresión de la libertad.